



TRIGO Y CIZAÑA DEBATES ÉTICO-POLÍTICOS PARA NO SER ESTÚPIDOS

COBOS, OTRO “PURITANO” EN EL BURDEL POLÍTICO ARGENTINO

*“Es difícil corregir a los perversos,
y el número de estúpidos es infinito”
Eclesiastés, 1, 15¹*

Julio César Cleto Cobos, el actual vicepresidente de la República Argentina, es el espejo (o el síntoma) en el que los argentinos debemos o deberíamos vernos, sin autoindulgencia, para vislumbrar la catadura o calaña ético-política que nos viene caracterizando a los argentinos. Y, partiendo desde allí, afrontar las culposas falencias de nuestra cultura política y ciudadana; y, a continuación, hacer propósito de enmienda, y obrar en consecuencia. Lo cierto es que desde su “voto no positivo” del 17 de Julio -epilogando la “guerra gaucha”- a los días que corren –prodromos de las cruciales elecciones de octubre próximo- la figura de Cobos fue creciendo en popularidad y aceptación, al punto de llegar a ponderar ya entonces que era un político más creíble y confiable que el promedio, algo así como un “restaurador de la calidad de las instituciones republicanas” o un “héroe de la democracia”, como se dijo; lo que aquí nos proponemos es mostrar que Cobos no es más –ni menos- que otro “puritano en el burdel político argentino”. Y para ello procederemos a desmitificar tanto las presuntas “convicciones” (republicanas) o la sedicente “buena conciencia” (democrática) con las que Julio César Cleto Cobos habría proferido su voto decisivo, en aquella madrugada del 17 de julio pasado.

No era entonces, ni es ahora ningún misterio que está sonando la hora de la decadencia de los pingüinos; la campanas están doblando por la hegemonía kirchnerista, y la clase política “oficialista” lo sabe, por eso la pingüinera se está llamando en retirada. Esto echa luz para entender ese “vuelco de Cobos” cuando se decidía la suerte del enfrentamiento de los K con el campo; bien se ha dicho, en tal sentido, que Cobos estaba poniendo entonces “un pie fuera del barco kirchnerista cuando éste comienza a hacer agua... El ascensor K lo llevó hasta bien arriba, pero para seguir subiendo debe usar otro ascensor. Va bien: algunos ya hablan de *Cobos 2011*. Creo que su vuelco no es producto de una *convicción* ni de un análisis profundo... (y) el voto de Cobos *no es positivo* –tal como lo dijo entonces- porque Cobos no tiene un programa que afirmar. Como no representa orgánicamente a nadie, el político debe estar atento a los cambios en los estados de opinión y reflejarlos. / Hay que entenderlo –ironiza Hupert para concluir-: de eso dependen su bienestar y su prosperidad”.²

“Conciencia” y “convicción”, cuántos crímenes se cometen en el nombre de ustedes. Si uno se pone a considerar que a lo largo de la historia se han defendido y se

¹ Traducción de la versión latina de la Biblia de “Los Setenta” (La *Septuaginta*)

² Pablo Hupert; “Los *políticos post 2001* y cómo entender el voto de Julio Cobos”, diario *Sur*, pg. 10, Domingo 20 de julio de 2008



siguen defendiendo los crímenes más aberrantes votando “conforme a la conciencia” o siendo fieles a las “convicciones políticas”, uno verá que Cobos está acompañado por una larga lista, convencidos y concienzudos de malhechores de variopinta calaña, empezando por lo más cercano, el propio Néstor Kirchner, que solía machacar que él no dejaba sus convicciones en la puerta al entrar a la Casa Rosada, y no da señas de arrepentimiento incluso al promover y persistir en el aquelarre suicida que engendró... pero, ay, ay, ay, se pueden encontrar, ejemplos de aun mayor calado para desatar las furias de políticas desgraciadas y criminales, sirvan como mínimo botón de muestra los nombres de Hitler, Stalin, Mussolini, Idi Amin, Fidel Castro, Pinochet, Videla, Bussi, Bush o Menem –ay, entre otros- son ejemplos “convencidos” y “concienzudos”, a derecha e izquierda; de ayer y de hoy; y, desgraciadamente, todos ellos –no por casualidad- confían que la historia los juzgue (benévolamente); y los absuelva, porque ellos hicieron lo que hicieron, dicen, conforme a su conciencia y a sus convicciones. Como se ve ese argumento del votar “conforme a conciencia”, aplicado así, a pura emocionalidad, no es garantía de mucho, porque habría que determinar, previamente, si esa conciencia es *recta* o *torcida*; si es la conciencia de un hombre justo o la conciencia de un criminal. La *buena* conciencia, para Santo Tomás de Aquino, es la conciencia *recta*; es la conciencia que obra en justicia; obra conforme a la “recta razón para obrar” (*recta ratio agibilium*, decía en sus latines).

Va de suyo, por otra parte, que nadie es nadie para juzgar la conciencia de nadie: ni la de Cobos, ni la del actual matrimonio presidencia argentino, o la variopinta lista de “convencidos” y “concienzudos”; así como tampoco nadie puede juzgar las conciencia o las convicciones de cualquiera de nosotros, mujeres y hombres del llano. Lo que, en cambio, sí podemos juzgar y calificar, desde un criterio ético-político, son las acciones, las instituciones y los acontecimientos que hombres y mujeres ponemos en obra; todos somos imputables desde la *responsabilidad* –intransferible- que cada uno tiene para con los demás; y esa responsabilidad es infinita e intransferible, al decir del filósofo judío Emmanuel Levinas.

Y a Cobos no se le puede (ni se le podía) exigir que sea ni santo ni héroe en esa hora crucial; pero sí que fuese un ciudadano cabal, un republicano y un demócrata, que obrara éticamente. Pero ¿con cuál ética? Yendo a contracorriente de esta algarabía cívica para “canonizar” e idolatrar al actual vicepresidente, estimo que es más aleccionador analizar su decisión del 17 de julio pasado bajo la luz de una tipificación introducida por Max Weber al distinguir entre “*ética de la convicción*” (ética “idealista”, *ética de los santos*), y una “*ética de la responsabilidad*” (ética “pragmática”, *ética de los políticos*)³. Hete aquí que el Cobos aparece como votando desde una presunta y santa “ética de la convicción”, que no es lo que –según Weber- le correspondería a un político (pragmático); pero, además, nuestro vicepresidente vota contra el gobierno del que forma parte, perpetrando así otra viveza criolla o argentinaza; una especie de maradoniano “gol de oro” hecho con la “mano de Dios”. Y ese gol en contra, valga aquí la prolongación de la metáfora futbolera, lo hizo el mismo “jugador” al que el equipo de la UCR -camiseta de

³ Adviértase aquí, de paso, que aceptar la distinción de una ética de los santos con una de los políticos, presupone la imposibilidad de encontrar santos que actúen en política o políticos que no pudieran ingresar al santoral; supuesto que puede discutirse –como se ha hecho- pero no es el caso a ser explayado aquí; baste como elocuente contraejemplo el emblemático nombre de Santo Tomás Moro



sus primeros amores políticos-, le sacó la tarjeta roja por inconducta ética, cuando se “borocotizó” hacia la pingüinera... y ahora que los vientos están cambiando, busca –con “ética de la responsabilidad” (léase “pragmáticamente”)- un nuevo lugar bajo el (futuro) sol de la (futura) *Caja Rosada*, dicho “pragmáticamente” y sin ironía.

Es claro que esta conducta de una “santa” ética de la *convicción* es sólo una máscara “puritana” para seguir actuando en el circo o burdel político nacional, con cierto blindaje para la impunidad y cierta garantía de “prosperidad” o lucro por sus servicios “políticos” a prestar. Y en este contexto viene a cuento refrescar antecedentes de otros emblemáticos “puritanos” de la política argentina. Cambiando lo que hay que cambiar, Gustavo Béliz y Chacho Álvarez, son dos precursores de “renunciamientos” *puritanos* análogos a la política que cultiva Cobos desde su “voto no positivo”. Sumando los casos, por reiteración y gravedad, ya pueden conformar un síndrome que se podría llamar del “*puritano en el burdel político argentino*”. Álvarez, Beliz y Cobos –para nombrarlos por el ABCedario de nuestro “puritanismo” político- no pueden hacernos creer que de la noche a la mañana descubrieron con asco político de santulones el grado de inmoralidad y corrupción “pragmáticas” que estaban cometiendo sus jefes políticos y sus secuaces o cómplices –que ellos integraban hasta ayer-.

Nuestros políticos de ocasión –o políticos “ocasionales”- se parapetan y enmascaran detrás de una falsa “ética de la convicción” para seguir operando con la “ética pragmática”, que les conserve “su bienestar y su prosperidad”, como dice Hupert. De lo cual se desprende, como señalaba este profesor de historia, que los (presuntos) próceres y santos de nuestra política actual, con Cobos a la cabeza, cumplen –darwinianamente- con la genética política que se incubó en la crisis del 2001, -la del “que se vayan todos”-; y nuestros políticos, mutaron y sobrevivieron, convirtiéndose (casi) todos (los más notorios y “exitosos”, al menos), en los *tránsfugas* y *mercenarios* que son; ni más, ni menos.

Pero, recordemos, los argentinos no tenemos los políticos que nos merecemos, sino que nuestra clase política es la que más se parece a nosotros mismos, los ciudadanos de a pie; son los políticos que, hoy por hoy, mejor nos representan. Bien se dice, en este sentido, que la culpa no es del cínico chanco medrador de nuestra casta política, sino de la hipócrita masa que le damos de comer; y –es de temer- les seguimos alimentando con votos que perpetrarnos; y con las omisiones de cumplir con nuestros deberes cívicos; y con nuestra falta de compromiso para librar el buen combate cotidiano por una república y una democracia dignas; y ellas dependen –como dijimos- de que los argentinos seamos ciudadanos, republicanos y demócratas cabales, y no ciudadanos o políticos ocasionales. Nada más; nada menos.

En tal sentido, pongámonos nosotros en perspectiva, y no la juguemos tampoco de santos ni de héroes, que no lo somos, y no se pide que lo seamos. No es cuestión de buscar nuevos chivos expiatorios ni anhelar “más héroes y más milagros para adecentar el local”, como canta Serrat. De lo que se trata es de afrontar el grave desafío –que no es argentino, sino “global” y epocal- de salir del doble laberinto trágico de la “tragedia escolar o educativa” (Guillermo Jaim Etcheverry, dixit) y de la “tragedia republicana o democrática” (Jacques Maritain dixit). Como nos enseñó don Leopoldo Marechal, militando ineludiblemente –él sí- con “ética de la convicción”, de los laberintos sólo se sale por arriba; y el “arriba” no es otro que obrar conforme a una doble revolución, la



*revolución del diálogo y la revolución de la solidaridad o de la fraternidad. Estas dos revoluciones –que es una y la misma- sólo acontecerán animadas por el empeño de maestros y alumnos en la “pasión por la verdad”; y el “compromiso por el bien común” de ciudadanos y políticos. Ése, y sólo ése, es el norte al que deben apuntar nuestras conciencias y convicciones: la *pasión por la verdad* –o la “sabiduría del diálogo”- y el *compromiso por el bien común* –o “la esperanza que no defrauda”-. Nada más; nada menos. (1.699 palabras)*